



LEÓN TOLSTOY

AL CLERO

Traducción del inglés y editado por Germán Lema
lemagerman@yahoo.com

Tomado de "Obras Completas de Tolstoy"

Biblioteca WESTMINSTER RESEARCH LIBRARY – LONDRES

Cali, Colombia

2003

AL CLERO

Noviembre 1902

I

Quienes quiera que seáis: papas, cardenales, obispos, superintendentes, sacerdotes, o pastores de cualquier iglesia que sea, olvidad por un momento la certeza de que – vosotros en particular – sois los únicos verdaderos discípulos de Cristo-Dios escogidos para predicar sus enseñanzas, y recordad que antes que ser papas, cardenales, obispos, superintendentes, y demás, sois primero que todo hombres, esto es, de acuerdo a lo mismo que vosotros enseñáis, seres enviados a este mundo por Dios para cumplir sus deseos. Recordad esto, y preguntaos qué estáis haciendo. Toda vuestra vida está dedicada a predicar, mantener y esparcir entre los hombres una enseñanza que decís os fue revelada por Dios mismo, y es por lo tanto la única verdadera y que trae redención.

¿En qué consiste esta doctrina única y redentora que vosotros predicáis? Cualquiera que sea la iglesia cristiana a la cual pertenecéis, católica, ruso-griega, luterana o anglicana – reconoced que sus enseñanzas están expresadas con exactitud en los siguientes artículos formulados por el Concilio de Nicea, hace mil seiscientos años:

Primero: Hay un Dios Padre (la primera persona de una Trinidad), que ha creado el cielo y la tierra y los ángeles que viven en el cielo.

Segundo: Hay un solo Hijo de Dios Padre (la segunda persona de la Trinidad), no creado sino engendrado, y a través del cual se creó el mundo.

Tercero: Este Hijo, para salvar a los hombres del pecado y de la muerte (los cuales fueron condenados por la desobediencia de su primer padre Adán), vino a este mundo y fue hecho carne por el Espíritu Santo y la Virgen María.

Cuarto: Este Hijo fue crucificado por los pecados de los hombres.

Quinto: Padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día como estaba predicho en los libros de los hebreos.

Sexto: Una vez que ascendió al cielo, se sentó a la diestra de Dios Padre.

Séptimo: Este Hijo de Dios regresará a la tierra a juzgar a los vivos y a los muertos.

Octavo: Hay un Espíritu Santo (la tercera persona de la Trinidad), que es igual al Padre, y habló por boca de los profetas.

Noveno: (de acuerdo a algunas de las iglesias más numerosas): Hay una Iglesia Santa, infalible (o más exactamente, la iglesia a la cual pertenece quien hace la confesión es tenida por única, santa e infalible). Esta iglesia está compuesta por quienes creen en ella, vivos o muertos.

Décimo: (También en algunas de las iglesias más numerosas): Existe un Sacramento del Bautismo, por medio del cual se le comunica el Espíritu Santo a los bautizados.

Undécimo: A la segunda venida de Cristo las almas de los muertos entrarán de nuevo a los cuerpos y estos cuerpos se harán inmortales; y

Duodécimo: Después de la segunda venida los justos tendrán vida eterna en el paraíso en una nueva tierra bajo un nuevo firmamento, y los pecadores tendrán vida eterna de tormentos del infierno.

Para no hablar de lo que predicán algunas iglesias (la católica y la ruso-ortodoxa), como el creer en santos y en los buenos efectos de reverenciar sus restos y sus imágenes, así como las imágenes de Jesús y de la madre de Dios – los anteriores doce puntos abarcan los elementos fundamentales de esa verdad que vosotros decís os fue revelada por el mismo Dios para la redención del hombre. Algunos de vosotros enseñáis estas doctrinas en forma sencilla tal como fueron expresadas, otros tratáis de darle significado alegórico más o menos de acuerdo al conocimiento y sentido común actuales; pero todos estáis resueltos a confesar, y así lo hacéis, que estas aseveraciones son la expresión exacta de esa verdad única que Dios mismo os reveló y que predicáis a los hombres para su salvación.

II

Muy bien. Habéis recibido la única verdad capaz de salvar a la humanidad y ésta os ha sido revelada por el mismo Dios. Es muy natural que los hombres se orienten hacia la verdad y cuando se les presenta expresada claramente están siempre propensos a aceptarla y a guiarse por ella.

Y, por lo tanto, para impartir esta verdad salvadora que os ha sido revelada por el mismo Dios, debería ser suficiente comunicarla con persuasión razonable en forma sencilla, y a través de publicaciones a quienes están en capacidad de recibirla.

Pero, ¿cómo habéis enseñado esta verdad?

Desde que se formó una sociedad llamada iglesia, vuestros predecesores han enseñado esta verdad principalmente por medio de la violencia. Ellos establecieron la verdad y castigaron a quienes no la aceptaban. (Millones y millones de personas han sido torturadas, muertas y quemadas por no desear aceptarlas). Este método de persecución, que evidentemente no convenía a su objetivo, con el pasar del tiempo cayó en desuso, y ahora, creo yo, lo utiliza únicamente la iglesia cristiana en Rusia.

Otra manera de enseñarla fue a través de manifestaciones externas que actúan sobre los sentimientos de las gentes – por la solemnidad de su presentación: con cuadros, estatuas, cánticos, música, inclusive representaciones dramáticas, y arte oratorio. Con el tiempo también se hizo uso cada vez menos de este método.- En países protestantes, excepto por el arte oratorio – se usa poco. (Con excepción del Ejército de Salvación, que ha diseñado nuevos métodos para impresionar sobre los sentimientos).

Pero ahora toda la fuerza del clero está dirigida a un tercer método más poderoso aún, que siempre se ha usado y que el clero retiene celosamente entre sus manos. Este método es el de inculcar la doctrina de la iglesia entre las gentes que no están en posición de juzgar lo que se les enseña; entre clases trabajadoras sin educación que, por ejemplo, no tienen tiempo para pensar; y especialmente entre los niños, que aceptan sin discriminar lo que se les imparte y en cuyas mentes permanece impreso.

III

Así, pues, en nuestros días el método principal de impartir a los hombres la verdad que Dios os ha revelado consiste en enseñar esta verdad a adultos sin educación y a niños que aceptan todo sin preguntar.

Estas enseñanzas generalmente comienzan con lo que se llama Historia de las Sagradas Escrituras, esto es, una selección de pasajes de la Biblia, los libros hebreos del Antiguo Testamento, que de acuerdo a vuestras propias enseñanzas son obra del Espíritu Santo y por lo tanto no sólo verdaderas sino también santas. De esta historia los alumnos sacan las primeras nociones sobre el origen del mundo, de la vida del hombre, del bien y del mal, y de Dios.

Esta historia comienza con una descripción de cómo Dios, siempre viviente, hace seis mil años creó de la nada los cielos y la tierra; cómo luego creó las bestias, peces, plantas, y finalmente el hombre. Luego describe cómo Dios les prohibió comer de la manzana que tenía la cualidad mágica de dar conocimiento; cómo a pesar de esta prohibición nuestros primeros padres comieron la manzana y fueron expulsados del paraíso; y cómo todos sus descendientes fueron malditos y también la tierra que desde ese entonces dio espinas y abrojos. Luego se describe la vida de los descendientes de Adán, cómo llegaron a perversidad tal que Dios no solamente los ahogó a todos sino que con ellos ahogó a los animales, dejando vivos solamente a Noé y su familia y a los animales que entraron en el arca. Luego nos describe cómo Dios escogió a Abraham entre todas las gentes e hizo un convenio con él; que ese convenio consistía en que Abraham consideraría a Dios como Dios y como prueba de ello sería circuncidado. Por su parte Dios se comprometió a darle a Abraham una numerosa descendencia y a protegerlo a él y a sus descendientes. Después nos describe cómo Dios, para proteger a Abraham y a sus descendientes, ejecutó terribles crueldades y actos antinaturales llamados milagros. Así que toda esta historia – con excepción de algunas ingenuidades (como la visita de Dios y sus dos ángeles a Abraham, el matrimonio de Isaac, y otras), y varias historias inocentes y a menudo inmorales (como el comportamiento del favorito de Dios, Jacob, las crueldades de Sansón, la astucia de José) - desde las plagas de Egipto y el asesinato de los primogénitos a manos del ángel, hasta el fuego que destruyó 250 conspiradores, la allanada de Korah, Dathan y Abirán, la destrucción de 14 700 hombres en unos minutos, la cortada de los enemigos con una sierra, la ejecución de los sacerdotes que no estuvieron de acuerdo con Elías (quien cabalgó en el firmamento), y la historia de Eliseo que maldijo a los muchachos que se burlaron de él y que fueron descuartizados y comidos por dos osos – toda esta historia no es más que una serie de sucesos milagrosos y crímenes terribles cometidos por el pueblo hebreo, por sus jefes, y por Dios mismo.

Pero la enseñanza de la historia que llamáis sagrada no se ha limitado a esto. Además de la historia del Antiguo Testamento también enseñáis a los niños, y a las gentes ignorantes, el Nuevo Testamento de una manera tal que dais importancia en él no a las enseñanzas morales, no al Sermón de la Montaña, sino a la conformidad de los evangelios con las historias del Antiguo Testamento, al cumplimiento de las profecías, a milagros, al movimiento de una estrella, canciones en el firmamento, conversaciones con el demonio, la conversión de agua en vino, el caminar sobre las aguas, curaciones, resurrecciones, y finalmente la resurrección del mismo Jesucristo y de su ascensión a los cielos.

Si todas estas historietas, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, fueran tenidas como cuentos de hadas, ni aún así serían enseñadas por un maestro que quisiera iluminar a niños o adultos. Pero estos cuentos son impartidos a gente incapaz de razonar, como si fueran la descripción más verdadera del mundo y de sus leyes, como si suministraran la información más cierta sobre las vidas de quienes vivieron en la antigüedad, de lo que debería ser considerado como bueno y malo, de la existencia de Dios y de los deberes del hombre.

Se habla de libros perniciosos. Pero ¿hay en el cristianismo un libro que ha causado más mal a la humanidad que esta Historia de las Sagradas Escrituras? (**Tolstoy se refiere más bien a libros para uso en las escuelas, basados en las historias de la Biblia. G.L.). Y todos los hombres y mujeres tienen que seguir estas enseñanzas durante su niñez, y esta misma historia se enseña a adultos ignorantes como el fundamento más esencial del conocimiento – el de la eterna verdad de Dios.

IV

No se puede introducir un elemento extraño dentro de un organismo sin que este organismo sufra, y algunas veces perezca, a causa de los esfuerzos por liberarse de él. Qué terrible mal debe traer a la mente de un hombre el llenarla con las enseñanzas del Antiguo y del Nuevo Testamento – elementos extraños al conocimiento actual, al sentido común, y a los sentimientos morales – inculcados cuando se es aún incapaz de juzgar, y cuando se acepta todo lo que se dice.

Porque para un hombre en cuya mente se ha introducido como verdad sagrada una creencia en la creación del mundo fuera de la nada hace seis mil años, en el diluvio, en el arca de Noé que albergó todos los animales, en una Trinidad, en la caída de Adán, en una Inmaculada Concepción, en los milagros de Cristo, y en la salvación de los hombres por el sacrificio del sacramento – para un hombre tal, las demandas de la razón no son ya obligatorias, y le es imposible estar seguro de verdad alguna. Si la Trinidad, la Inmaculada Concepción y la salvación del género humano por la sangre de Jesús son posibles – entonces todo es posible y las demandas de la razón no son obligatorias.

Si se coloca una cuña entre las tablas de un granero, no importa cuanto grano se vacíe – no permanecerá allí. Igual cosa pasa con una cabeza en la cual se han puesto las cuñas de una Trinidad, de un Dios que se hizo hombre y redimió la raza humana por medio del

sufrimiento y luego ascendió a los cielos, esa cabeza no podrá jamás llegar a un entendimiento razonable de la vida.

Por mucho grano que se vacíe en un granero con rendijas en el fondo, el grano se saldrá. Nada permanecerá en una mente que ha aceptado como materia de fe tanto sin sentido. Si él da crédito a sus creencias, tal hombre durante toda su vida inevitablemente – como si fuese dañino – estará alerta contra todo lo que pueda iluminarlo y destruir sus supersticiones; o luego de haber asumido de una vez por todas – y las enseñanzas de la doctrina de la iglesia siempre lo animarán a ello – que la razón es la fuente del error, repudiará la única luz que lo capacitará para encontrar el camino de la vida; o más terrible aún, tratará con argumentos astutos de demostrar lo razonable de lo irrazonable, o peor todavía rechazará junto con las supersticiones que le han inculcado la necesidad de tener fe en algo.

En cualquiera de estos tres casos un hombre en quien durante su niñez se han inculcado aseveraciones contradictorias y sin sentido como verdad religiosa – al menos que con mucho esfuerzo y sufrimiento se libre por sí mismo de ellas – es un hombre totalmente enfermo. Tal hombre al ver a su alrededor los sucesos de la vida siempre móviles y cambiantes, no puede sin desesperarse observar esos movimientos que destruyen su concepto de la vida, y no puede menos que experimentar - abiertamente y en secreto – un sentimiento inamistoso hacia los que cooperan en este razonable progreso. Ni puede hacer mayor cosa al ser un conciente partidario de la oscuridad y de las mentiras contra la luz y la verdad.

Y así son la mayoría de la gente dentro del cristianismo – privada ya desde la niñez de la capacidad de pensar claramente y con firmeza por la inculcación de creencias sin sentido.

V

Ese es el mal que se le hace a la mente del hombre al impregnarla con doctrinas de la iglesia. Pero peor que todo esto es la perversión moral que produce en su alma. Todo hombre viene a este mundo con la conciencia de su dependencia de una fuente poderosa y misteriosa que le ha dado vida y con la conciencia de igualdad con otros hombres, de la igualdad de los hombres entre sí, con un deseo de amar y ser amado, y con una conciencia de luchar por una perfección. Y, ¿qué le inculcáis vosotros?

En lugar de una fuente misteriosa de la cual debe pensar con reverencia, predicáis de un Dios iracundo e injusto que ejecuta y atormenta a su gente.

En lugar de la igualdad de los hombres que tanto un niño como una persona sencilla reconocen, predicáis que no solamente son desiguales las gentes sino también las naciones; que unos son amados por Dios y otros no; y que algunos son llamados por Dios para gobernar y otros para obedecer.

En lugar de ese deseo de amar y ser amado que forma el más fuerte deseo en el alma de un hombre no corrompido, enseñáis que las relaciones entre los hombres se basan en la violencia, en amenazas, en ejecuciones; y le enseñáis que los asesinatos militares y en nombre de la justicia, son cometidos no sólo con sanción de Dios sino bajo sus órdenes.

En lugar del mejoramiento personal le enseñáis que la salvación del hombre está en la Redención, y que si se mejora por sí mismo, sin ayuda de oraciones, sin sacramentos y sin la creencia en la Redención, es culpable de orgullo pecaminoso, y que para la salvación debe confiar no en la razón sino en las enseñanzas de la iglesia, y debe hacer lo que ella indique.

Da terror pensar en la perversión del pensar y el sentir producido por tales enseñanzas en la mente de un niño o de un adulto ignorante.

VI

Y sólo pienso en lo que yo mismo sé que se ha hecho en Rusia durante los sesenta años de mi vida y que todavía se hace.

En los colegios de Teología, y entre los obispos, monjes estudiosos, y misioneros se llevan a cabo intrincadas discusiones teológicas sobre nimiedades – se habla de reconciliar las enseñanzas morales con las dogmáticas, se disputa sobre el desarrollo, inmutabilidad de los dogmas, y se discuten sutilezas semejantes. Pero al populacho de cien millones lo único que se le predica es la creencia en la imagen de la Virgen Ibérica o en la de Kazán, en reliquias, en demonios, en la eficacia redentora del pan bendito y de las velas, en las oraciones por los muertos, y así sucesivamente, y no sólo se enseña y practica todo esto, sino que la inviolabilidad de estas supersticiones se protege con particular celo. Basta que un campesino se olvide de guardar el día del santo local u omita llevar a casa la imagen milagrosa que recorre la vereda, o trabaje el viernes antes del día de San Elías – para que sea denunciado y perseguido y exilado. Y esto para no mencionar los castigos a miembros de ciertas sectas por no seguir las creencias de la iglesia, quienes aún por reunirse a leer los Evangelios son llevados ante los tribunales y castigados. Y el resultado de toda esta actividad es que decenas de millones de personas, entre ellas casi todas las mujeres campesinas, no sólo ignoran a Jesús, sino que jamás han oído que existió. Es difícil creer que esto es así, pero es un hecho que cualquiera puede verificar por si mismo.

Basta escuchar lo que obispos y académicos dicen en las conferencias, basta leer las publicaciones, y cualquiera creería que los sacerdotes rusos predicán una fe que aunque retrógrada es todavía cristiana, en la cual las verdades de los Evangelios encuentran su sitio y se enseñan al pueblo. Pero obsérvese la actividad del clero dentro de ese pueblo y se verá que lo que predicán e inculcan con toda energía es pura idolatría: culto a imágenes, la bendición del agua, la llevada de un sitio a otro de cuadros curanderos, la glorificación de las reliquias, el uso de cruces, etc., mientras que se persigue con vehemencia cualquier intento de entender el verdadero significado de cristianismo.

En lo que yo pueda recordar las clases trabajadoras puras han perdido todo vestigio del verdadero cristianismo que tenían, y que ha sido destruido por el clero.

Antes existían ciertas leyendas y proverbios cristianos que pasaban de generación a generación, y estas leyendas – como la del Cristo vagabundo disfrazado de mendigo, la del ángel que dudó de la misericordia de Dios, y dichos como “sin Dios no hay cosecha”, “lo que importa es la justicia de Dios, no su poder”, etc. – estas leyendas y proverbios formaban el alimento espiritual del pueblo.

Además de esto había ciertas costumbres cristianas: tener compasión del preso, del mendigo, darle nuestro último recurso a un pordiosero, pedirle perdón a quien habíamos ofendido.

Todo esto ya se ha olvidado y descartado: todo ha sido reemplazado por la enseñanza del catecismo, la composición tripartita de la Trinidad, las oraciones antes de las clases, las oraciones por el maestro y jefe del Estado, etc. Así en lo que pueda acordarme la gente se ha vuelto más y más ordinaria en cuanto a religión.

Una parte de la población – la mayoría de las mujeres – permanece tan supersticiosa como hace seiscientos años, pero sin ese espíritu cristiano que anteriormente se filtraba en sus vidas; la otra parte, que se sabe de memoria el catecismo, es completamente atea. Y ello como actividad consciente del clero.

“Pero esto sucede en Rusia”, dicen los europeos occidentales – católicos y protestantes – y yo creo que lo mismo, o peor, sucede en el catolicismo con la prohibición de los Evangelios y con sus Notre Dames; y en el protestantismo con su santificación del sábado, y en su bibliolatría – esto es, en la creencia ciega en la letra de la Biblia. Y creo que en una u otra forma es lo mismo a través del mundo cuasi-cristiano.

Como prueba de esto basta recordar el viejo fraude de la llama que se enciende en Jerusalén el día de la resurrección, y que nadie de la iglesia rechaza; o la fe en la Redención, que se predica con especial energía en las más recientes fases del protestantismo.

VII

Pero no sólo la enseñanza de la iglesia es dañina por su irracionalidad e inmoralidad, sino que es especialmente dañina porque las gentes que profesan esta enseñanza mientras viven sin demandas morales que los restrinjan, se creen convencidos de que en realidad viven una vida cristiana.

Has gentes que viven en el lujo insensato, que obtienen su riqueza por el trabajo del pobre humilde, y se defienden ellos y sus riquezas por medio de policía, de tribunales y fallos judiciales – y el clero, en nombre de Cristo aprueba, santifica, y bendice este modo de vida, y aconseja al rico el aportar una pequeña parte de lo que ha robado para el servicio de los que continúan siendo robados. (Cuando existía la esclavitud el clero siempre y en todas partes la justificó, y no la consideró inconsistente con cristianismo).

La gente trata de obtener sus codiciosos objetivos, personales o públicos, por la fuerza de las armas, por el asesinato, y el clero aprueba, y en nombre de Cristo bendice las preparaciones para la guerra, y la guerra misma; y no sólo aprueba, sino que a menudo da aliento a estas cosas, manteniendo que la guerra – esto es, asesinato – no es contrario al cristianismo.

La gente que cree en tal enseñanza no sólo están conducidos por ella hacia una mala manera de vivir, sino que están persuadidos de que su mala vida es buena, y que no tienen necesidad de cambiar.

Y esto no es todo: el mal principal de esta enseñanza es que está tan cuidadosamente entretejida con las formas externas del cristianismo, que al profesarla, la gente piensa que su doctrina es el verdadero cristianismo, y que no hay otra. No sólo se ha desviado de los hombres el agua de la vida – si eso fuera todo, la gente podría todavía encontrarla – sino que vosotros la habéis envenenado con vuestras enseñanzas, de tal modo que la gente no puede encontrar ningún cristianismo fuera de éste envenenado por vuestras interpretaciones.

El cristianismo predicado por vosotros es una inoculación de falso cristianismo, parecida a la inoculación contra la viruela o difteria, que tiene el efecto de hacer a los inoculados inmunes al verdadero cristianismo.

Las gentes que por muchas generaciones han construido sus vidas sobre fundaciones irreconciliables con el verdadero cristianismo se sienten plenamente persuadidos de que viven vidas cristianas, y así son incapaces de regresar al verdadero cristianismo.

VIII

Eso es lo que pasa con quienes profesan vuestras doctrinas, aunque hay otros que se han emancipado de ellas por ellos mismos: los llamados incrédulos.

Estos (aunque en la mayoría de los casos llevan una vida más moral que la de los que profesan las doctrinas de la iglesia) como resultado de la mancha espiritual a que fueron expuestos en su niñez, tienen una influencia sobre sus vecinos que es peor que la de los que siguen vuestras enseñanzas. Son especialmente dañinos porque, luego de haber compartido en la niñez los infortunios de los fraudes de la iglesia, han identificado la enseñanza de la iglesia con cristianismo según su propia convicción, y no pueden distinguir la una del otro, y al rechazar las falsas enseñanzas de la iglesia desechan también la verdad cristiana que en ellas se esconde.

Estas personas, al detestar el fraude que les ha causado tanto sufrimiento, predicán no sólo la inutilidad y lo dañino del cristianismo, y no sólo del cristianismo sino de cualquier otra religión.

La religión, a su manera de ver, es un residuo de la superstición, que pudo haber tenido algún uso pero que es dañino en la actualidad. Y por eso su doctrina es que mientras más pronto y más completamente se libere de toda conciencia religiosa, tanto mejor.

Y al predicar la emancipación de toda religión, estos hombres – entre ellos los más educados y sabios, que por lo tanto tienen mucha autoridad sobre quienes buscan la verdad – consciente o inconscientemente se tornan en los más dañinos predicadores de la relajación moral.

Al sugerir a las gentes que la característica mental más importante de las criaturas racionales – la de encontrar su relación con la Fuente de todas las cosas, única de la cual se pueden deducir leyes morales – es algo que está pasado de moda, quienes niegan toda

religión involuntariamente postulan como base de la actividad humana el amor propio y los apetitos corporales que de él se derivan.

Y entre estas gentes crecen las enseñanzas del egoísmo, el mal, el odio, que (aunque ocultos, siempre latentes en el concepto materialista de la vida) al principio se mostraban con timidez, pero que últimamente se expresan clara y deliberadamente en las doctrinas de Nietzsche, que se extienden rápidamente, evocando los más crudos sentimientos de animalidad y crueldad.

Así, por un lado, los llamados creyentes encuentran en vuestras enseñanzas una completa aprobación a su mala vida, enseñanza que reconoce como compatibles con cristianismo las acciones y condiciones más contrarias a él, mientras que, por otro lado, los incrédulos – al llegar a la negación de toda religión, como consecuencia de vuestras enseñanzas – descartan toda distinción entre el bien y el mal, predicando una doctrina de desigualdad entre los hombres, de egoísmo, de lucha, y de opresión del débil por el fuerte – y enseñan esto como la mayor verdad accesible al hombre.

IX

Vosotros, y sólo vosotros, por las enseñanzas que inculcáis a las gentes sois la causa de este terrible mal que ellos sufren tan cruelmente.

Pero lo más terrible de todo esto es el hecho que, al ocasionar este mal, no creéis en lo que predicáis; no solamente no creéis en todas vuestras aseveraciones sino que a menudo no creéis en ninguna de ellas.

Yo sé que, al repetir el célebre credo, muchos pensáis que, a pesar de todo, creéis en lo que predicáis. Pero por el hecho de decir creo que Dios es Trinidad, o que se abrieron los cielos y se oyó la voz de Dios, o que Jesús ascendió a los cielos y regresará a juzgar a los hombres en sus cuerpos resucitados, no prueba que en verdad creéis que tales cosas han ocurrido o que ocurrirán. Creéis que debéis decir que creéis que estas cosas sucedieron. Pero no creéis en ellas. Porque asegurar que Dios es Uno y Tres, que Jesús ascendió en el firmamento y que regresará de allá a juzgar cuerpos resucitados – no tiene significado para vosotros. Cualquiera puede balbucear palabras incoherentes, pero no puede creer en lo que no tiene sentido. Es posible creer que las almas de los muertos pasarán a otra forma de vida, a animales, o que el exterminio de las pasiones o que el alcance del amor, es el destino del hombre; o es posible creer simplemente que Dios nos ha prohibido dar muerte a nuestros semejantes, o que Él nos prohíbe comer – y muchas otras cosas que no encierran contradicción, pero uno no puede creer que Dios al mismo tiempo es uno y también tres, o que el firmamento se abrió.

Los hombres de la antigüedad, que inventaron estos dogmas, pudieron creer en ellos pero vosotros no podéis hacerlo. Si decís que tenéis fe en ellos, lo hacéis porque usáis la palabra fe en un sentido mientras que lo aplicáis en otro. Un significado de la palabra fe se refiere a la relación adoptada por el hombre hacia Dios, que lo capacita para definir el significado de su vida, y guía todas sus acciones. Otro significado de la palabra fe es la crédula aceptación de las aseveraciones hechas por cierta persona o personas.

En el primer caso, los objetivos de la fe – aunque la definición de la relación del hombre hacia Dios y hacia el mundo es aceptada como hecha por quienes vivieron previamente – puede verificarse y aceptarse por medio de la razón.

Pero, en el segundo caso, se aceptan los objetivos de la fe no sólo independientemente de la razón, sino con la absoluta condición de que la razón no los ponga en duda.

Sobre este doble significado de la palabra fe se basa el falso concepto que permite a la gente decir que creen, o tienen fe, en proposiciones sin sentido o que encierran una contradicción. Y el que creáis ciegamente en vuestros maestros no es prueba de que tenéis fe en lo que – no teniendo sentido y por lo tanto sin suministrar significado alguno a vuestra imaginación o a vuestra razón – no puede ser objeto de fe.

El conocido predicador, Padre Didón, en su Introducción a la vida de Jesucristo, deja saber que cree, no en un sentido alegórico sino sencillamente, y sin explicaciones, que Cristo, después de ascender fue llevado a los cielos y se sienta a la diestra de su Padre.

Un campesino analfabeta de Samara que conozco, en respuesta a la pregunta de si creía en Dios, sencilla y firmemente contestó, según su propio sacerdote: “No, pecador como soy, no creo”. Su no creencia en Dios la explicaba diciendo que no se podía vivir como lo estaba haciendo, si creyese en Dios. “Uno refunfuña y niega ayuda a un mendigo, envidia a los demás, come con exceso, y bebe intoxicantes. ¿Haría uno tales cosas si creyese en Dios?”.

El Padre Didón afirmó que tiene fe tanto en Dios como en la Ascensión de Jesucristo, mientras que el campesino de Samara dice no creer en Dios por no obedecer sus mandamientos.

Evidentemente el Padre Didón ni siquiera sabe lo que es fe, y sólo dice que cree, mientras que el campesino de Samara sabe lo que es fe, y aunque dice no creer en Dios, cree en Él con la verdadera fe.

X

Y sé que los argumentos dirigidos al intelecto no persuaden – solamente los sentimientos persuaden, y por lo tanto, dejando argumentos a un lado, os suplico – quienesquiera que seáis: papas, obispos, archidiaconos, sacerdotes, lo que seáis – suplico a vuestros sentimientos y a vuestra conciencia.

Porque bien sabéis que lo que enseñáis acerca de la creación del mundo, acerca de la inspiración divina de la Biblia, y muchas cosas más, no son ciertas; ¿cómo podéis entonces enseñarlas a niños y adultos ignorantes que vienen a vosotros en busca de instrucción?

Preguntaos vosotros mismos, con la mano sobre el corazón, ¿creéis en lo que estáis enseñando? Si os hacéis esta pregunta, no ante los hombres sino ante Dios, recordando la hora de la muerte, no podéis menos que contestar “No, no creo”. No creéis en que Dios haya inspirado todos esos escritos que llamáis sagrados; no creéis en los horrores y maravillas del

Antiguo Testamento, no creéis en el infierno, no creéis en una Inmaculada Concepción, en la resurrección y ascensión de Cristo, no creéis en la resurrección física de los muertos, en la triple personalidad de Dios – no sólo no creéis en todos los artículos del credo que expresa la esencia de vuestra fe, sino que muchos de vosotros no creéis en tan siquiera uno de ellos.

Dejar de creer en un solo dogma es no creer en la infalibilidad de la iglesia que ha establecido el dogma que dejáis de creer. Y si no tenéis fe en la iglesia, tampoco creeréis en los dogmas establecidos por ella.

Si no creéis, aún si sólo tenéis dudas, pensad en lo que estáis haciendo al predicar como verdad divina incuestionable lo que vosotros mismos no creéis; y al predicarlo por métodos excepcionales y de mala fe, como los que empleáis. Y no digáis que no podéis cargar con la responsabilidad de privar a la gente de la unión íntima con el mayor o menor número de vuestros correligionarios. No es cierto. Al inculcarles vuestra fe especial estáis haciendo exactamente lo que decís no deseáis hacer; estáis privando a las gentes de su unión natural con toda la humanidad, y las estáis limitando a una secta, colocándola involuntaria pero inevitablemente en una posición, si no hostil, al menos ajena hacia los demás.

Yo sé que no hacéis esto conscientemente. Yo sé que vosotros, en gran mayoría, estáis enredados, hipnotizados y a menudo en una posición tal que confesar la verdad significaría condenar vuestra actividad anterior, actividad de varias décadas muchas veces. Yo sé cuán difícil es para vosotros, con las enseñanzas que habéis recibido, y especialmente con la certeza común entre vosotros, que sois infalibles sucesores del Cristo-Dios – yo sé cuán difícil será hacerle frente a las realidades y declararse y entregarse a una de las peores actividades que puede seguir el hombre.

Yo sé todas las dificultades de vuestra posición, pero recordando las palabras del Evangelio que llamáis divino –“Dios se regocija más por un pecador que se arrepiente que por un centenar de justos”- yo pienso que para cada uno de vosotros, cualquiera que sea vuestra posición, sería más fácil arrepentirse, y dejar de participar en lo que estáis haciendo, que continuar sin creerlo.

Quienesquiera que seáis: papas, cardenales, metropolitanos, arzobispos, obispos, superintendentes, sacerdotes, pastores – pensad en esto.

Si pertenecéis a esos prelados – de los cuales desafortunadamente hay muchos y cada vez más y más – que ven claramente cuán anticuados, irracionales e inmorales son las enseñanzas de la iglesia, pero que, sin creerlas, por motivos personales (por los salarios que devengan), continúan predicándolas, no os consoléis con la suposición de que vuestra actividad se justifica como útil para las masas, que todavía no entienden lo que vosotros entendéis.

La falsedad no es útil a nadie. Lo que vosotros sabéis – que falsedades son falsedades – también puede llegar a ser conocido por el hombre común a quien habéis inculcado y estáis inculcando, y puede que se entere. Es posible que él mismo, o por vuestra actuación, se libere de esas falsedades, que encuentre la verdad que Cristo enseñó, y que

vuestras doctrinas – interpuestas entre el hombre común y su Dios – habían ocultado. Lo que estáis haciendo no es para servir al hombre sino vuestra ambición y codicia.

Por lo tanto, por magníficos que sean los palacios que habitéis, las iglesias donde oficiáis y predicáis, y los ornamentos con los cuales os adornáis, vuestra ocupación no se hace mejor por estas cosas. “Lo que es altamente estimado entre los hombres es una abominación ante los ojos de Dios”. Así pasa con quienes, no creyendo, continúan enseñando lo que es falso, y confirmando a los hombres de la falsedad.

Pero hay entre vosotros algunos que – y su número aumenta continuamente – aún viendo la bancarrota de los credos de la iglesia, no pueden decidirse a examinarlos críticamente. Se les han instruido tales creencias desde niños, y son tan fuertemente mantenidos por el ambiente, y por la influencia de la multitud, que (sin tratar de liberarse ellos mismos) dedican toda la entereza de sus mentes y su educación a justificar, con alegorías astutas y falsas y con razonamientos confusos, las incompatibilidades y contradicciones del credo que profesan.

Si pertenecéis a esta parte del clero, que aunque menos culpable es más perjudicial que la mencionada previamente, no os imaginéis que vuestros razonamientos hayan de calmar vuestras conciencias o justificaros ante Dios. En el fondo de vuestras almas no podéis menos que saber que cuanto imaginéis o inventéis no volverán historia las historietas de las Sagradas Escrituras – que en nuestros días se oponen al conocimiento del hombre – ni las arcaicas afirmaciones del credo de Nicea se harán morales, razonables y claras de acuerdo al conocimiento y sentido común contemporáneo.

Sabéis muy bien que por medio de vuestros argumentos no podéis convencer a nadie de la verdad de vuestra fe, y que ningún hombre adulto, educado, que no haya sido inductado desde la niñez puede creerlos; sino que tal hombre o se reirá de vosotros u os supondrá enfermos mentales al oír vuestras explicaciones sobre el origen del mundo, del primer hombre, del pecado de Adán, y de la Redención del hombre por medio de la muerte del Hijo de Dios.

Lo más que podéis hacer con vuestros argumentos falsos y pseudo-científicos, y (lo que más cuenta) vuestra autoridad será retener en la sumisión hipnótica a una falsa fe a quienes se despiertan de su influencia y se preparan para liberarse de ella.

Eso es lo que estáis haciendo y es una mala obra. En lugar de emplear vuestra capacidad mental para liberaros y liberar a otros del fraude en que vosotros y ellos estáis, y que os hace y los hace sufrir, hacéis uso de ella para enredaros más y para enredarlos más.

Vosotros, miembros del clero de esta clase, no debéis enredaros y enredar a otros en oscuras argumentaciones, no debéis tratar de demostrar como verdad lo que llamáis verdad, sino que por el contrario debéis hacer un esfuerzo y verificar las creencias que habéis aceptado como verdad – comparándolas con lo que vosotros y todos los demás aceptan como conocimiento verdadero y también con las sencillas demandas del sentido común. Basta con fijaros la tarea, e inmediatamente despertaréis del sueño hipnótico en que estáis ahora y la ilusión en que habéis vivido se os hará clara.

Igual sucede con la segunda clase, los clérigos, filósofos, que hoy día son numerosos y los más dañinos.

Pero también hay una tercera clase, la más numerosa, de clérigos sencillos que jamás han dudado de la verdad de la fe que profesan y enseñan. Estos hombres no han pensado nunca sobre el sentido de las afirmaciones recibidas en la niñez como verdad divina; o, si lo han hecho, estaban tan desacostumbrados al pensar independientemente, que no vieron las incompatibilidades y contradicciones encerradas en esas afirmaciones, o viéndolas, están tan supeditados a la autoridad de la tradición de la iglesia que no se atrevían a pensar en forma diferente a los antiguos y actuales eclesiásticos. Estos hombres, generalmente se consuelan con pensar que la doctrina de la iglesia probablemente tiene explicación satisfactoria de las incompatibilidades que (como lo suponen) sólo les parecen incompatibilidades debido a su propia deficiencia en erudición teológica.

Si pertenecéis a esta clase de hombres – ingenua y sinceramente crédulos, o que, aunque no creéis estáis deseosos de creer, y os olvidáis de los obstáculos para hacerlo – ya sea que estéis ordenados o preparándoos para el sacerdocio, deteneos por un momento en vuestra actividad o en vuestras preparaciones para tal actividad, y considerad lo que estáis haciendo o estáis pronto a hacer.

Estáis impartiendo, o preparándoos para impartir, unas enseñanzas que definirán para los hombres el significado de sus vidas, u objetivo, que le indicarán las características del bien y del mal, y les darán dirección a toda su actividad. Y esta enseñanza no la consideráis como cualquier otra doctrina humana – imperfecta y sometida a interrogantes – sino como revelada por Dios mismo, y por lo tanto indisputable, y la predicáis no en un libro o en conversación ordinaria, sino a niños – a una edad cuando no pueden entender su significado, pero cuando queda estampada indeleblemente en sus conciencias – o la predicáis a adultos ignorantes incapaces de reflexionar sobre la instrucción recibida.

Tal es vuestra actividad, o para tal actividad os estáis preparando.

Pero ¿qué sucedería si lo que enseñáis, o lo que preparáis para enseñar, no fuese cierto? ¿No es algo que se puede, o debe considerar? Si lo consideráis y comparáis con otras enseñanzas que se dicen ser igualmente únicas e infalibles, y lo comparáis con lo que ya conocéis, y con el sentido común; si, en una palabra, lo consideráis, no como credulidad ciega, sino libremente – no podéis menos que ver que lo que se os ha dado como verdad sagrada no sólo no es verdad sagrada, sino simplemente una creencia supersticiosa anticuada que, como con otras creencias semejantes se mantiene y predica por algunos hombres no en beneficio de sus hermanos sino con otras intenciones. Y tan pronto como hayáis entendido esto, quienes miráis seriamente a la vida y oís la voz de la conciencia, seréis incapaces de seguir impartiendo estas doctrinas, o de prepararos para impartirlas.

XI

Pero oigo la usual pregunta: “¿Qué le pasaría a los hombres si dejan de creer en las doctrinas de la iglesia? ¿No se empeorarán las cosas?”

¿Qué pasará si las gentes del cristianismo dejan de creer en las doctrinas de la iglesia? El resultado será – que no sólo las leyendas hebreas sino la sabiduría religiosa del mundo entero les serán accesibles e inteligibles. Las gentes crecerán y se desarrollarán en un ambiente incorrupto; y al desechar una enseñanza a base de creencias lograrán ordenar su relación con Dios por medio de la razón, en conformidad con el conocimiento; y reconocerán las obligaciones morales que emanan de esa relación.

“¿Y no serán peores los resultados?”

Si las doctrinas de la iglesia no son ciertas - ¿cómo puede ser peor para los hombres el que no se las prediquen como verdad, especialmente en una manera falsa como la que se adopta con tal propósito?

Pero algunos dicen “el populacho es rudo y carece de educación: y lo que a nosotros, gente educada, no nos hace falta puede ser útil y aún indispensable para las masas”.

Si los hombres son hechos de igual manera, entonces todos deben viajar por el mismo y único camino de la oscuridad hacia la luz, de la ignorancia hacia el conocimiento, de la falsedad hacia la verdad. Habéis viajado por ese camino y habéis obtenido conciencia de la incertidumbre de las creencias que os inculcaron. ¿Con qué derecho, entonces, tratáis de detener a otros para que avancen igualmente?

Decís que aunque no tenéis necesidad de tal alimento las masas sí. Pero ningún hombre sabio intenta decidir el alimento físico que otro hombre requiere; ¿cómo, entonces, puede decidirse – y quién decide – cuál debe ser el alimento espiritual de las masas?

Por el hecho de que veáis entre las masas una demanda por estas doctrinas, no quiere decir que debe suministrárseles. También hay demanda por intoxicantes y tabaco – y otras cosas peores. Y el hecho es que vosotros mismos, por medio de métodos de hipnotización, incrementáis la demanda, cuya existencia os sirve para justificar vuestra ocupación. Déjese de alentar la demanda y se extinguirá; porque, así como en vuestro caso igual será con otros, no puede haber demanda por mentiras, sino que los hombres se mueven de la oscuridad hacia la luz; y vosotros que estáis más cerca de la luz, debéis tratar de hacerla accesible a otros, y no ocultársela.

Pero, la última objeción, ¿no serán peores los resultados si nosotros – hombres educados y honestos, que deseamos hacer el bien – abandonamos nuestros puestos a causa de las dudas que se han presentado en nuestras almas, y los dejamos a hombres rudos, inmorales, indiferentes al bienestar del pueblo?

Sin duda alguna que el abandono de la profesión clerical por parte de los mejores hombres tendrá como consecuencia que las actividades eclesíásticas pasan a manos rudas e

inmorales y se desintegrarán más y más, y se expondrá su falsedad y su perversidad. Pero el resultado no será peor, porque la desintegración de los establecimientos eclesiásticos ya se está viendo, y es uno de los medios por los cuales los pueblos se liberan del fraude en que han permanecido. Y, por lo tanto, mientras más pronto se logre esta emancipación ayudada por el abandono de la profesión eclesiástica por parte de los mejores hombres – tanto mejor. Así mientras más y mejores hombres buenos abandonen la profesión eclesiástica, tanto mejor.

Desde cualquier aspecto que se mire vuestra actividad, se ve su perversidad, y por eso los que aún teméis a Dios y no habéis endurecido la voz de la conciencia, no podéis hacer menos que tratar de escapar de la falsa posición en que estáis colocados.

Yo sé que muchos de vosotros tenéis obligaciones familiares, o dependéis de padres que os demandan seguir el camino comenzado; yo sé lo difícil que es abandonar un puesto que lleva consigo honor y riqueza, o que facilita la continuación de una vida a la cual se está acostumbrado, y sé cuán doloroso es tomar decisiones contra las de los seres queridos. Pero todo es preferible a seguir destrozando vuestras almas y las de vuestros feligreses.

Por lo tanto, mientras más pronto y más en definitiva os arrepintáis de vuestros pecados y abandonéis vuestra actividad, tanto mejor será no sólo para otros sino para vosotros mismos.

Esto es lo que yo – que estoy al borde de la tumba, y que veo claramente la fuente de la miseria humana – deseo decirlos; y lo digo, no con el objetivo de desenmascararos o condenaros (yo sé cuán imperceptiblemente fuisteis conducidos a la tumba que os ha hecho lo que sois), sino que deseo decirlo para cooperar en la emancipación de los hombres de ese mal terrible que la predicación de vuestra doctrina produce al oscurecer la verdad, y al mismo tiempo deseo ayudaros a despertar de ese sueño hipnótico en el cual sois incapaces de entender la maldad de vuestras propias acciones.

Pueda ser que Dios, que ve dentro de vuestros corazones, os ayude en el esfuerzo.

Traducido del inglés por G. Lema .– Obras Completas de Tolstoy .

Biblioteca WESTMINSTER RESEARCH LIBRARY – LONDRES